ACERCA DE LA NORMALIDAD, LA ANORMALIDAD Y EL DERECHO (*)

Miguel Angel Ciuro Caldani (**)

1. La identificación de cada ser humano y la caracterización de su normalidad corresponden a fraccionamientos en la continuidad del universo (1) producidos al hilo de diferentes valores. En definitiva identificamos a cada hombre y le atribuimos normalidad según los valores de salud, belleza, verdad, utilidad, justicia, amor, santidad, etc. que podemos realizar, culminando en el valor humanidad (el deber ser cabal de nuestro ser). A través de esos fraccionamientos reconocemos el comienzo, el desarrollo y el fin de nuestro ser, que en última instancia es una parte del ser universal. Al hilo de dichos fraccionamientos consideramos lo normal como algo ordinario, regular, corriente, medio y hasta de cierto modo "natural". Ser normal es principalmente realizar en nivel "medio" los valores de la personalidad que se toman como referencia (normal en cuanto a salud, belleza, verdad, utilidad, etc.) (2).

La propia normalidad es en sí un valor relativo, por lo menos porque facilita la realización intersubjetiva de los otros valores. En el nivel "medio" la comunicación axiológica es más fácil. Sin embargo, a veces la normalidad es falsificada, concibiéndola como si fuera un valor absoluto. Se subvierte, entonces, contra los mismos valores a que se refiere. En esos casos, ser normal llega a consti-
tuirse en lo único que importa, descartándose el significado

de las realizaciones de valores que, aunque sean menores, no dejan de valer, e incluso las realizaciones superiores. A veces, ser normal es más estimado que ser superior y se llega al extremo de que ser normal es tenido como el único modo de ser humano (3). En ese sentido se está a un paso de la mediocridad y la vulgaridad (4).

El rechazo a la anormalidad puede significar la preservación de la vida y de su valor, pero también es en gran medida una expresión del temor del hombre a lo desconocido y de la exclusión de los elementos extraños a cada sistema de vida. Se nutre, en mucho, de la envidia y de la necesidad de autoafirmación en el menosprecio de los demás (5).

Cada estilo de vida establece ciertos patrones de normalidad de acuerdo con sus propios valores, sin que -no obstante- los anormales sean al fin necesariamente elementos "desvaliosos". Por ejemplo, en la Edad Media y en muchas circunstancias de la Edad Moderna el criterio predominante de normalidad se establecía con referencia a la santidad, al punto que se consideraban demoníacos e incluso sujetos a eliminación a ciertos anormales. La famosa "quema de brujas" fue, en muchos casos, la eliminación de pobres mujeres histéricas. No es por azar que la Edad Moderna, la "edad de la razón", puso tanto énfasis en la locura como anormalidad (6). Hoy nuestra civilización capitalista tiene como referencia última de normalidad a la utilidad. De aquí que abandona los criterios biológicos, por ejemplo admitiendo crecientemente a la antes "horrenda" homosexualidad, sin desjerarquizarla siquiera por su esterilidad para la reproducción, pero de alguna manera aplica los criterios de descarte de la anormalidad a los

ancianos e incluso a los seres por nacer que no se ajustan a las reglas.

Todavía se arrincona a los anormales tradicionales, que antes eran más a menudo eliminados físicamente, y los locos son "depositados" en los manicomios, los enfermos en los hospitales y los delincuentes en las prisiones (7). Sin embargo, mientras encuentran cada vez más camino las orientaciones críticas que quieren abrir esos "depósitos" buscando soluciones utilitarias alternativas se multiplican las guarderías de ancianos y se procura la legalización del aborto. Parece que en tanto predomine la producción en masa se mantendrá la fuerte tendencia a masificar a los hombres y los elementos utilitariamente irregulares serán descartados.

Incluso cabe reconocer que los anormales que alcanzan el éxito lo logran porque son "normalizados", en nuestro tiempo principalmente por el mercado. Así ocurrió, por ejemplo, con el anormal genio estético de Van Gogh, llevado desde la marginación en vida a ser uno de los pintores actualmente más cotizados. También son anormales "normalizados" los líderes talentosos, que logran su integración con las multitudes.

El ser anormal es a menudo, como tal, un ser débil en relación con los normales. En los irregulares superiores, su debilidad suele relacionarse con el desequilibrio originado por la grandeza que los "roba". El paradigma del genio distraído es una clara muestra al respecto (8). Sin embargo, queriéndolo o no, la sociedad suele ser cruel con los anormales, también de manera muy intensa y quizás especial con los superiores. Así, por ejemplo, son mucho mayores los cuidados educativos para los "infradotados"

que para los "superdotados". Estos, educados habitualmente por personas normales y con criterios de normalidad, son condenados a menudo a la frustración.

La anormalidad suele ser una manera de mostrarse la in finita dimensión de lo humano, aunque la defensa de la condición de los irregulares no significa necesariamente desjerarquizar la normalidad o igualar las irregularidades superiores e inferiores. La normalidad y la anormalidad poseen gran variación temporal y espacial y para comprender plenamente el fenómeno humano hay que reconocer las en todas sus manifestaciones. Sería, por ejemplo, un fraccionamiento excesivo aceptar que San Francisco de Asís, con su anormalidad de excelencia en términos de santidad, fuera hoy considerado anormal como inútil y mentalmente enfermo. La falsificación del valor de la normalidad llega incluso a oponerse a la grandeza y a la evolución del cosmos.

2. Todo el sistema de las ramas del mundo jurídico es está elaborado sobre la base de la idea de normalidad, estableciendo sólo a veces soluciones especiales para los anormales, de modo preferente cuando éstos son por deficiencia. Así lo hacen, por ejemplo, las ramas "básicas" del Derecho Civil y el Derecho Penal, principalmente en sus "partes generales". Es más: podría decirse que de cierto modo el Derecho en su conjunto es un intento de "regularizar" la vida en común.

El avance actual de la idea de normalidad utilitaria en la vida jurídica se manifiesta, por ejemplo, en la tendencia a la unificación del Derecho Civil y el Derecho Comercial, con la desaparición del marco menos capitalista

del Derecho Civil tradicional.

3. Desde el punto de vista de la Filosofía Jurídica "Menor" o Jurística se advierten importantes diferencias sociológicas, normológicas y dikelógicas en cuanto a las condiciones de la normalidad y la anormalidad (9). En la dimensión sociológica, la distinción entre normalidad y anormalidad, que puede provenir de la naturaleza pero también en mucho de influencias humanas difusas, es presentada generalmente como una diferenciación de referencia "natural", con miras a darle legitimidad. Así, por ejemplo, se ubican como naturales las anormalidades generadas por la exquisitez en los cuidados o por la desnutrición, el abandono, etc. Sin embargo, si conviene según las circunstancias, se dice que las superioridades naturales provienen de las condiciones mejores de vida. La condición de los anormales hace difícil que puedan ser comprendidos, de modo que la autoridad tiende a recorrer las sendas previas (formas) de la mera imposición y no del proceso y la autonomía se encauza más por la adhesión que por la negociación. Es más: se hace difícil el acuerdo entre los normales y los que no lo son, de modo que tienden a predominar los repartos autoritarios, surgidos de la imposición y realizadores del valor poder y no los repartos autónomos, que se producen por acuerdo y satisfacen el valor cooperación.

Como la anormalidad es considerada a menudo "no razonable", el orden de repartos al respecto se basa menos en la ejemplaridad, que realiza el valor solidaridad, y más en la planificación gubernamental que, cuando está en marcha, satisface el valor previsibilidad. El régimen procu

ra que la "imprevisible" anormalidad se torne así previsible. Si se tiene en cuenta que en principio el acuerdo y la cooperación son preferibles a la imposición y al poder y la ejemplaridad y la solidaridad son preferibles a la planificación y a la previsibilidad, se advierte que los anormales tienen ya, desde el punto de vista de la dimensión sociológica, una fuerte condición de inferioridad.

Es más: los anormales son elementos relativamente ajenos al régimen y productores de cierta anarquía, con su desvalor relativo arbitrariedad, pero los cultores del orden como si fuera un valor absoluto no están dispuestos a reconocer que ese desorden puede ser en definitiva valioso. La anormalidad suele significar un límite necesario con el que tropieza la voluntad de los normales y ante él se suscita la reacción de quienes se sienten frustrados.

4. En la dimensión normológica la condición especial de los anormales los pone en situación de enfrentar el culto a la generalidad de la "ley". Aunque ésta puede intervenir para la protección de los anormales, es notorio que la irregularidad constituye de cierto modo una "ilegalidad". Asimismo la anormalidad debe enfrentar el apego excesivo que a veces se profesa a los valores del ordenamiento normativo, culminantes en el valor relativo coherencia. Así como debe superar la resistencia de los cultores radicales del orden de las adjudicaciones, ha de vencer el rechazo de los que se adhieren de modo desbordante a la coherencia de las normas.

5. En la dimensión dikelógica corresponde aclarar en

primer término que la solución de sostener la subjetividad de los valores para afirmar la posición de los anormales es falsa, ya que hay valores que son objetivos, que no dependen de nuestra creación, y al fin la subjetividad también puede consagrar la autoridad de los normales. La anomalía significa el riesgo no siempre superado de que los valores relativos del orden de repartos y del ordenamiento normativo antes referidos se subviertan contra la justicia, que exige que también los "irregulares" tengan la esfera de libertad necesaria para personalizarse. La anomalía requiere una muy lúcida integración de la justicia absoluta y la justicia relativa, pero la simplicidad del empleo falsificado de alguna de ellas aleja de ese resultado sumiendo en el "absolutismo" y el igualitarismo.

En cuanto a los despliegues de la justicia como valor, la anomalía significa una crisis de los criterios generales orientadores y requiere más dedicación a las valoraciones completas. De aquí que la inercia axiológica se vuelva contra ella. Hacer justicia a los anormales exige asimismo desfraccionamientos de la justicia que, como tales, corresponden a situaciones de inseguridad. De aquí que quienes desean sentirse seguros en exceso procuran que no se tengan en cuenta los sentidos de justicia que favorecen a los "irregulares".

La diferencia entre normalidad y anomalía genera ciertos espacios para la aristocracia de los normales o anormales que resulten superiores. Sin embargo, la aristocracia que se ejercita e incluso falsifica más a menudo es la de los normales sobre los anormales por deficiencia. La anomalía exige soluciones creativas, pero la rutina

suele conspirar contra ellas. Los anormales son habitualmente condenados a la marginalidad, a una segregación mayor que la que sus condiciones naturales imponen.

Con frecuencia los anormales son despojados de la condición de fines, que debe reconocerles el régimen para ser humanista, convirtiéndolos en medios de soluciones totalitarias. Cuando la anormalidad es por deficiencia suele requerir que el humanismo posea carácter intervencionista, pero la intervención es a menudo ineficaz e incluso se desvía al totalitarismo. La anormalidad es un desafío de la unicidad de cada hombre, que debe conciliarse con la igualdad y la comunidad para que el régimen sea humanista, mas ese desafío no siempre es correspondido y triunfan el igualitarismo y la masificación. La imposición de un trato igual a los desiguales es de cierto modo discriminación. La respuesta ante la anormalidad suele ser la autoridad o la indiferencia, pero para que el régimen sea humanista respecto de los "irregulares" ha de ser especialmente tolerante, admitiendo la pluralidad de perspectivas de la verdad y de títulos para alcanzarla.

Urge proteger a los anormales contra los demás individuos (por ejemplo, mediante la intervención gubernamental), respecto del régimen (para que tampoco él se entrometa en sus vidas), frente a sí mismos (que es la vertiente de amparo familiar y gubernamental más tradicional para los "inferiores") y contra todo "lo demás" (cuidando, según sus requerimientos especiales, de su salud, educación, empleo, compañía, etc.).

6. Una de las perspectivas no tradicionales que deben desarrollarse en el estudio del "sistema jurídico" (que

denominamos "Teoría General del Derecho") es el de la condición de los "anormales" (10). Comprender su situación en todas las manifestaciones de la vida jurídica es una manera de ayudar a evitar que se frustre su legítimo derecho al desarrollo cabal de su personalidad.

(*) Bases para la fundamentación de una Jornada sobre "Anormalidad y Derecho" que organiza la Cátedra Interdisciplinaria "Profesor doctor Werner Goldschmidt" de pendiente del Centro de Investigaciones de Filosofía Jurídica y Filosofía Social.

(**) Investigador del CONICET.

(1) Pese a las discusiones al respecto, la continuidad del universo resulta todavía un dato válido de nuestra concepción del mundo.

(2) Acerca de la normalidad en Estadística, v. por ej. CA PELLETTI, Carlos Alberto, "Elementos de Estadística", Bs. As., Cesarini, 1972 (respecto a media, mediana y nodo, c. págs. 26 y ss.); también, v. gr. MOOD, Alexander McFarlane, "Introducción a la teoría de la Estadística", trad. Francisco Azorín Poch, Madrid, Aguilar, 1966.

(3) En estos casos se desconocen los valores de la nobleza y la originalidad.

(4) Cabe recordar, por ej. INGENIEROS, José, "El hombre mediocre", ed. Bs. As., Meridión, 1953 (esp. sobre la mediocridad, págs. 33 y ss.); ORTEGA Y GASSET, José, "La rebelión de las masas", 16a. ed., Madrid, Espasa-Calpe, 1964; también MARCUSE, Herbert, "El hombre unidimensional", trad. Antonio Elorza, Barcelona, Seix

Barral, 1969; en cierto sentido, tener en cuenta asi mismo NIETZSCHE, Federico, por ej. "Así hablaba Zara tustra", trad. La Juventud Literaria, Barcelona, -Bs. As., Bauzá-Matera; "Más allá del bien y del mal", trad. María de los Angeles Troteaga de las Heras, Madrid, Felmar, 1981. Acerca de los hombres superiores v. por ej. SCHELER, Max, "El santo, el genio, el héroe", trad. Elsa Tabernig, Bs. As., Nova, 1961. En el desafío del ser anormal está en juego el desafío de la libertad (v. FROMM, Erich, "El miedo a la libertad", trad. Gino Germani, Bs. As., Paidós, 1961).

(5) V. SCHOECK, Helmut, "La envidia", trad. Manuel E. Ferreyra-María de Koweindl, Bs. As., Club de Lectores, 1970.

(6) Tampoco es por casualidad que en la Edad Media la exclusión de anormales se centró en mucho en la "maldición" de la lepra. V. FOUCAULT, Michel, "Historia de la locura en la época clásica", trad. Juan José Utrilla, la. reimp. argentina, Bs. As., Fondo de Cultura Económica, t.I, 1990, esp. págs. 20 y ss.

(7) Puede V. FOUCAULT, Michel, "Enfermedad mental y personalidad", trad. Emma Kestelboim, Barcelona, Paidós, 1984; también por ej. c. "Historia de la sexualidad", trad. Ulises Guiñazú, eds. vs., México, Siglo XXI, por ej. t. 3, 1987, págs. 105 y ss. y 216 y ss.; "Surveiller et punir", Gallimard, reimp. 1991.

En relación con el tema, puede c. también v.gr. GUINSBERG, Enrique, "Normalidad, conflicto psíquico, control social", México, Plaza y Valdés, 1990, esp. págs. 72 y ss.

(8) Se dice que fue a causa de su distracción que Pierre

Curie murió atropellado por un camión.

- (9) Acerca de la teoría trialista del mundo jurídico v. GOLDSCHMIDT, Werner, "Introducción filosófica al Derecho", 6ta. ed., 5ta. reimp., Bs. As., Depalma, 1987; también puede c. CIURO CALDANI, Miguel Angel, "Estudios de Filosofía Jurídica y Filosofía Política", Rosario, Fundación para las Investigaciones Jurídicas, 1982-84.
- (10) Pueden v. nuestras "Perspectivas Jurídicas", Rosario, Fundación para las Investigaciones Jurídicas, 1985, págs. 11 y ss.